



Prof. Laura Monacci

Miembro Investigador del Centro de Reflexión en Política Internacional. IRI. UNLP.

A nuevas crisis, viejas recetas.

Ante la actual crisis de deuda que está atravesando Europa es inevitable retrotraernos a los sucesos acontecidos en Argentina en diciembre de 2001. Pareciera haber en el inconsciente colectivo un dispositivo de alerta automático ante la familiaridad con el conflictivo escenario social por el cual está atravesando Grecia.

Miembro menor de la Unión Europea (UE) comenzó a presentar desde mediados del año pasado una crisis de confianza cuando se advirtió que sus cuentas no se presentaban del todo claras y que el déficit público rondaba el 13%. Para evitar la quiebra Grecia se vio obligada a pedir ayuda a sus vecinos países de la UE. Alemania, la más poderosa de las economías europeas, se mostró reticente en un comienzo a otorgar el préstamo solicitado ya que temía que, concediendo dicho préstamo, otros países de creciente inestabilidad económica como Hungría, Portugal, España o Italia se sintieran con derechos a hacer lo propio. Sin embargo la UE, ante la evidencia de la debacle, finalmente desembolsó 14.500 millones de euros para tratar de solucionar la crisis y evitar el efecto dominó de otras economías pertenecientes a dicho organismo. Lo mismo hizo el FMI, resultando ser la entidad más favorecida con esta situación, evidenciando en su balance anual, cerrado el pasado abril, una ganancia cuatro veces superior a la del año anterior¹.

Para intentar vislumbrar una salida autónoma de la crisis, a Grecia se le presenta a priori un panorama un tanto más complejo que el que afectaba a nuestro país en 2001: por un lado, al carecer de una moneda nacional propia tras la adopción del Euro, se ve impedida de adoptar como solución inmediata la devaluación (quedando presos de las decisiones y directivas de los países más poderosos) con el fin de incrementar las exportaciones y lograr así devolver cierta estabilidad a la economía local. Bien podría afirmarse que la convertibilidad argentina con respecto al dólar fue asimismo una cesión de soberanía monetaria, al igual que Grecia con respecto al Euro, sin embargo la salida para el país

¹ Página 12, 20 de mayo de 2010.

mediterráneo pareciera presentar menos opciones. Y por otro lado enfrenta a su vez a toda la UE, que se encuentra inmersa en la competencia entre sí por las exportaciones.

Por lo tanto para mantener a flote el Euro y evitar que el sistema bancario europeo se hundiera se han aplicado fortísimos ajustes fiscales mediante la drástica reducción del gasto público. Y aquí es donde la situación se vuelve más familiar. La opción de ese tipo de políticas repercute necesariamente en quienes se ven más afectados directamente por el ajuste, provocando un escenario de continua conflictividad social que ha llevado en las últimas semanas a una confrontación directa del pueblo griego en las calles contra las fuerzas de seguridad encargadas de reprimir el reclamo. Pareciera ser que en este punto las similitudes entre Argentina de 2001 y la actual Grecia saltan inevitablemente a la vista. Aquellas economías que se han encontrado hundidas por las deudas que no pudieron -o no supieron- saldar pagan en su momento la consecuencia de tener que someterse a las directivas de quienes se ofrecen como garantes de la ayuda económica. Y pueden quizás -estos países- lograr con estas medidas sostenerse en pie. Pero tendrán asimismo que lidiar posteriormente con la forma en que reconstruyen la estabilidad y la credibilidad de su pueblo. Bien podría plantearse que quizás aquellas limitaciones que condicionan a Grecia son aquellas mismas que le presentarán soluciones. Pertenecer a la UE, si se promueve un proyecto socio económico más federalizado, puede traer sus ventajas. Al respecto el premio Nobel en Economía Joseph Stiglitz ha sugerido, por ejemplo, que es necesario crear un “fondo de solidaridad” (entre los Estados que conforman la UE) para salir de la crisis, ya que la austeridad generaría desempleo y depresión amenazando la estabilidad del proyecto europeo².

Ante el escenario de crisis otros países europeos se vieron envueltos en un clima de desconfianza y paranoia. Así tanto España (cuyo actual nivel de desocupación entre los jóvenes alcanza el 45%), como Italia, Portugal, Francia e incluso un país fuera del Euro como lo es Gran Bretaña -cuyo flamante primer ministro David Cameron anunció públicamente que él mismo y su familia encabezarían el plan de austeridad mudándose a un departamento de dos habitaciones-, han presentado planes con fuertes reducciones en el gasto público. Lo cual puede resultar preventivo ante un posible empeoramiento de la situación, para evitar llegar a los extremos de la crisis griega, pero que puede generar dos riesgos: el rechazo y la protesta popular, y el enfriamiento innecesario de la economía. Esto último incluso ha llevado a organismos como el Comité de Desarrollo Económico de la OCDE y al mismo FMI a pedir que se moderen los planes de ajuste, y a su economista en jefe Oliver Blanchard a decir “que si bien a Grecia no le queda más remedio que adoptar medidas radicales, los demás países europeos no deberían exagerar en materia de austeridad e ir de manera progresiva”³. Esto, lejos de ser un gesto humanitario, responde a la necesidad de mantener “caliente” (o al menos “tibio”) la economía europea. Y lo cierto es que ni ayer en nuestro país ni hoy en Europa se ha reflexionado, ante este tipo de situaciones, sobre la viabilidad social de ciertos modelos (o lo cual es peor, se ha reflexionado y optado por recetas a cualquier precio), más aún pareciera ser que ciertos países que no necesitan aplicar medidas urgentes de reducción del gasto público encuentran en esta coyuntura la posibilidad de instalar políticas neoliberales acordes al marco ideológico de la nueva derecha europea que gobierna actualmente la mayoría de los países del viejo mundo.

² El Cronista, 31 de mayo 2010.

³ Ibídem.